

El armiño duerme entre mis brazos. Lo acaricio, paso los dedos con delicadeza por su lomo de seda y apenas sí mueve ligeramente las patas y el rabo, acomodando en mi regazo la cabeza con los ojos cerrados, en espera de la nueva caricia que le confirme que sigo aquí y que, por lo tanto, nada hay que temer.

¿Será tan placentera la muerte? Quiero pensar que sí.

¿Qué estará haciendo mi amigo blanco en este preciso momento?

Es curiosa la naturaleza de estos animales, deliciosos como una damisela frágil, fieros y arrojados como la peor de las alimañas, sanguinarios con sus pobres presas -pajarillos, ratones, ranas, hasta algún conejo confiado-, cariñosos con quienes solo ellos quieren, cambiantes como su piel. Ahora el armiño viste de blanco, y parece más indefenso que nunca. Se ha mantenido de lo que le hemos dado de comer, ha comido de mi plato -salvo ante ama Romola, que no aprueba tanta familiaridad con seres que ella considera inmundos y desaseados- y, aunque el invierno no parece tener fin este año y fuera escasea la caza, no se ha visto obligado a gozar entre la nieve, prolongación de su manto, para encontrar alimento. Se ha dejado querer y se ha aprovechado de las comodidades de esta jaula de oro en la que ambos habitamos, quizás conocedor de que su falta de libertad a mí es debida, y de que su presencia es fuente de alegría y alivio de penas para mí, que también soy animal prisionero.

Hace años no habrían salido de mi boca estas palabras. Hace pocos años yo era una chiquilla tocada por la fortuna, o eso decían y aún repiten muchos. Una niña que nace para ser nadie y que, de la noche a la mañana, se convierte en princesa. He aquí el final feliz de los cuentos que relatan ama Romola, Cecca o Viccina, mis buenas damas.

Pero querría saber yo con certeza si hasta para los relatos con que nos entretienen -vidas de santos, hazañas de héroes ilustres, proezas de los más preclaros miembros de nuestro linaje- no habría otros finales, los de la vida misma, que quedan ocultos como en espera de quien los quiera vivir y decida, si para eso es necesario, pasar al otro lado de la historia.

Yo soy, seguramente, una de esas insensatas dispuestas a caminar por la cuerda floja de la suerte. Uno de esos monigotes movidos por hilos ajenos soy yo. Hasta ahora me ha salvado de tan bajo juicio la conciencia de que no elegí nada de esto. Que lo he gozado y lo gozo, sí, y que incluso en algún momento me reportó placer. Que también me ha abierto los ojos de par en par con el asombro, y me ha dado a entender cómo es la vida para algunos, esta vida de mentira que, sin embargo, sigue siendo absolutamente verdad después de haber frotado -como mandaba abuela Francesca por las mañanas- los párpados adormilados para limpiar las telarañas que tejen de noche las fantasías.

Fuera de palacio, más allá de la Piazza y del bello San Giovanni, detrás de las montañas que suben más altas que las torres multicolores del duomo, al otro lado del río de la ciudad, el Arno, que recoge aguas arriba la contribución que le hace nuestro Sieve -un río que no necesita de pompas para existir-, e incluso todavía más al norte de este, está la vida, sí, la verdadera vida. El lugar a donde yo pertenezco. La casa que debía habitar. Los colores que tenían que despertarme cada mañana, y el cielo que me acompañaría en cada trabajo. Y también estaba -ya no sé nada de él, ¿vivirá aún?- un anciano que me quería, que no me miraba como quien contempla el escalón más bajo de la escalera.

Es cierto que aquí, en este paraíso que me encadena, también hay gente que me aprecia. Está ama Romola, que me trata como a la hija que nunca ha tenido ni tendrá. Es capaz de adivinar los velos de tristeza en los ojos ajenos, las noches de vigilia, y no pocas veces me los ha tenido que enjugar con un beso depositado a tiempo, con el calor que solo dan los labios de las madres. Pero Romola, por más que se lo explique, no entiende nunca los motivos de mi desgracia. Para ella, soy yo la que no comprende absolutamente nada.

'No sabéis lo que es la vida, querida niña. La vida es el dragón más fiero, el grifo más temible. Aquí dentro, vos y vuestros hermanos estáis a salvo de cualquiera de los monstruos que nos fabrica la vida. Tenéis el mundo a vuestros pies. Florencia os ama, os respeta, os mira con la consideración que vuestro rango merece. Sois la hija mayor de su señor y casi me atrevería a decir que asimismo sois la niña de sus ojos, si no fuera porque en el corazón del duque no tiene cabida la preferencia... No tentéis a la suerte, querida niña. No escupáis contra el cielo que os ha salvado del lodo. Antes dadle gracias por lo que vivís y por lo que viviréis.'...